

se dice del rey Achaz que consagró a su hijo, pasándolo por el fuego, según la costumbre de los gentiles; que quiere decir: que le hizo pasar por el fuego de esta vida a esotra, como lo declara Nicolao de Lira, sobre este lugar;⁸ y Josepho lo dice claramente hablando de este rey, diciendo que lo ofreció en holocausto, que era sacrificio en que se consumía y quemaba todo. De manera, que aunque este pueblo era de Dios, muchas veces le olvidaron sus moradores, por el demonio, y otras tantas le ofrecieron hombres racionales y sus propios hijos en sacrificio, como las otras gentes hicieron.

CAPÍTULO XVI. *Donde se trata de la inclinación grande que los judíos tenían a la idolatría, y se dan las razones por qué fueron a ella tan inclinados*



ASÍ COMO CONOCIDA UNA CAUSA, se conoce luego su efecto; de esa misma manera, dice el Filósofo,¹ que conocido el efecto, se conoce su causa. Esto parece claro en el sol, que viendo y experimentando que sus rayos calientan y queman, decimos que el sol es cálido, del cual, como de causa propia, nacen; y más claro que en él tenemos la prueba en los judíos, de los cuales decimos ser inclinadísimos a la idolatría; porque por los efectos y veces que la cometieron se manifiesta lo que la apetecían y estimaban. Y siendo así, que hacía Dios en ellos terribles y espantosos castigos por la idolatría, poniéndolos en manos de infieles, entregándolos a dura y penosa servidumbre y esclavitud por muchos tiempos y años; luego que Dios los dejaba holgar y prosperar un poco, reduciéndolos a sus antiguos contentos y casas, se olvidaban de él y tornaban a idolatrar y a servir a los ídolos, sin advertir que por aquella culpa y pecado eran ya otra y otras veces castigados. De donde se prueba su inclinación; pues por volver a idolatrar y servir al demonio, olvidaban el rigor del castigo hecho en ellos por esta culpa y las mercedes grandes que de Dios tenían recibidas.

Una de las razones que se dan, y con ella se prueba su mala y detestable inclinación, es la mala costumbre que aprendieron en Egipto, por la comunicación tan larga y continua que tuvieron con los moradores de la tierra, que les duró tiempo de cuatrocientos años; porque como en este reino fue casi el origen de la idolatría, y donde (a lo menos más tiempo y con más fuerza) se ejercitó este abominable error y donde por consiguiente manera adoraron multitud de dioses; y todo esto pasase a los ojos de los judíos; los cuales, viéndose en tantas angustias y amarguras y cautivos, resfriábaseles la fe que de un Dios tenían y poco a poco la iban perdiendo; mayormente no teniendo ejercicio de el culto divino, ni predicadores que les esforzasen a sufrir y no olvidar lo que de Abraham habían aprendido muchos años antes

⁸ Lib. 19. cap. 3. de Antiq.

¹ Methaph. lib. 1.

que Moysén y Aarón naciesen; y así aficionábanse a las ceremonias, culto y sacrificios de los ídolos, por no tener otro en qué ejercitarse; y esto es cierto, que los que viven cautivos y con servidumbre áspera y estrecha, como era la que tenían los judíos en Egipto, con grandísima dificultad pueden vacar al culto y servicio divino. De aquí es que no quiso darles Dios ley, ni modo de sacrificios y ceremonias, hasta que los sacó de cautiverio y servidumbre y puso en libertad, como la nota Santo Tomás;² pero después que salieron de Egipto y entrasen en la tierra de Canaán, como muchos de ellos (y por ventura los más) venían inficionados de aquella plaga y tocados de aquel mal tósigo, tornaron fácilmente a idolatrar, lo cual les sucedió en el destierro a pocos días después de su libertad y puestos en camino para el bien de su remedio. Y aunque dice rabí Salomón, que los que comenzaron aquella idolatría de el becerro, o incitaron a que se hiciese, eran los egipcios, convertidos al judaísmo, que venían con ellos como lo nota Lira,³ por ser gente nacida de idólatras, con todo, no fuera bastante esta incitación si ellos a ella no fueran inclinados; pues era un acto tan enorme y detestable y pecado derechamente contra Dios que tantas mercedes les hacía, sobre las pasadas, de haberles dado libertad y otras. Y de aquí les vino el quedar en ellos tan arraigada la idolatría y costumbre de ella; y se hizo más fuerte y poderosa en sus corazones y menos poderosos ellos para poderla resistir; y así quedaron para lo de adelante flacos y débiles para resistir esta tentación, y caían en ella fácilmente. Y puesto que por los azotes que Dios les daba, casi por fuerza tornaban al culto de el verdadero Dios; luego, a cualquier ocasión que se les ofrecía, lo dejaban y torbanan a ella, y de esto era causa ya la costumbre de idolatrar, envejecida en ellos; la cual suele causar fortísima inclinación y mueve como la misma naturaleza, como lo dijo Aristóteles,⁴ haciéndose como natural; y por esto, así como con ímpetu y casi por fuerza, somos inclinados a las cosas que nos son naturales; de esa misma manera somos llevados a las que tenemos de costumbre, por el hábito que de ellas está hecho; y muchas veces nos olvidamos de lo natural por acudir a lo que tenemos de costumbre. Esta inclinación, habida por costumbre de idolatrar en los judíos, la dijo Jeremías,⁵ dándoles en cara con ella, por razón de que siempre se tornaban a sus acostumbradas idolatrías, diciéndolo por estas palabras: de la misma manera que el negro de Etiopía no puede trocar su color, ni el tigre sus manchas, de esa misma manera vosotros no podéis desacostumbraros de esa mala costumbre de idolatrar, ni acudir a hacer buenas obras en servicio de Dios.

Otra causa de tornar a la idolatría muchas veces era una mala opinión que habían concebido estos judíos, la cual era, que cuando Dios por algunos pecados que cometían, aunque no fuesen de idolatría, sino por razón de tentarlos o por otras causas ocultas de que no se le ha de pedir cuenta a Dios, les enviaba hambres, esterilidades, muertes y otros semejantes in-

² Div. Thom. 1. 2. q. 98.

³ Exod. 12. Lira super hunc loc.

⁴ Ethic. 7.

⁵ Jer. 13.

fortunios; y en los tiempos o en algunos de ellos que servían a los ídolos, les venían prosperidades; creían, como gente rústica y grosera, hechos al trato de las cosas sensibles, que adorando y sirviendo a los ídolos les había de venir la prosperidad y todo el cumplimiento de lo que deseaban. Y por el contrario, desconfiaban de Dios aunque le sirviesen, pareciéndoles que en el tiempo que le servían se les recrecían estas calamidades; y así, con esta necia y falsa opinión (y aun indigna de juicio humano), servían a aquel dios, en cuyo tiempo les parecía que les iba mejor, y dejaban a Dios verdadero, teniéndolo por contrario. Esto dice claramente Jeremías,⁶ reprehendiendo a las mujeres de Judea; porque adoraban a la reina del cielo, la cual era la luna o Juno o Berecintha, según allí dice la glosa. Respondieron, de ninguna manera te oiremos, ni obedeceremos la palabra de Dios, dicha por tu boca; pero hacemos nuestra voluntad, a la medida de nuestras palabras y deseo; y sacrificaremos a la reina de el cielo y ofrecerle hemos nuestras bebidas y letuarios, de la misma manera que lo hicieron nuestros padres, nuestros príncipes y reyes en las ciudades de Judá y plazas de Jerusalén, que de esta manera andaremos hartos de pan y abundantes de bienes temporales, sin conocer trabajos y males, de los cuales andamos muy cercados, después que dejamos de sacrificar, adorar y estimar a la reina de el cielo dicha; y morimos de hambre, y a cuchillo somos todos consumidos. De manera que el castigo que Dios les enviaba, por lo que su majestad santísima se sabe, atribuían el haberse apartado de los ídolos y servido a Dios; y de aquí les tomaba gana de volver a ellos, y por esto lo ponían en ejecución.

La tercera y última causa (dejadas otras) es, porque el culto de los ídolos, para los hombres carnales y dados a las cosas sensibles y que no saben levantar el espíritu al cielo, ni gustan de las cosas espirituales, es más deleitable y pegagoso que el culto y ejercicio de adorar, servir y sacrificar a Dios; y esto por las torpezas y vilezas que en todos o los más de los sacrificios de los ídolos se ejercitaban, como en otra parte hemos visto, pues como aquel pueblo era todo dado a las cosas sensibles y corporales y por esta causa gustase poco de las espirituales, fácilmente se tornaba a aquello que sentía serle como natural, por la costumbre que en ello tenía, y esto tenía por dulce y sabroso; como parece por aquel hastío y enfado que tuvieron del maná en el desierto y el apetito de los cohombros, melones, puerros, ajos y cebollas, que comían en Egipto, como parece en el libro de *Los números*.⁷

⁶ Jer. 44.

⁷ Num. 11.